

Desde el fondo de la cueva se escucha la voz moribunda de Josefo. A su alrededor tres Jóvenes, casi humanos, se comen con avidez todas sus historias.

–En el pasillo tres estaban los productos lácteos –la voz de Josefo era débil y gangosa. Se acomodó de lado con mucho esfuerzo dejando, sus necróticos pies cerca de la fogata para calentar; según él, sus gélidos huesos.

Las sombras cimbreadas de los cuatro parecían danzar sobre la piedra húmeda en un diabólico ritual de muerte.

– ¿Qué son lácteos? –preguntó, como tantas otras veces el número dos dejando caer un hilo de saliva: en su mano izquierda le quedaban dos dedos.

–Los lácteos...

Josefo hacía su mejor esfuerzo para responder. Agrandaba las palabras a pesar de estar absolutamente disminuido por la enfermedad. Le explicaba el viejo a los tres engendros como de la vaca (animal cuadrúpedo extinto), se sacaba la leche con la cual se preparaban innumerables alimentos.

En medio de la penumbra les brillaban los ojos a los amorfos. Nada los distraía del relato, saboreaban cada palabra abstrayéndose mientras se chupaban los dedos.

Sobre las paredes de la caverna se dejaban ver pinturas rupestres de escatológicas facturas. Se veía: una figura de mujer con un niño conduciendo un carrito de súper mercado cargado de víveres. También habían dibujado: pasillos con anaqueles numerados; frutas y la figura de una vaca.

– ¡Pasillo cuatro!

Josefo suspiro la frase mientras se rascaba la cabeza, hasta provocarse una herida, de la que emanaban fétidos olores.

– ¡Pasillo cuatro!

Los tres mal hechos contestaron al unisonó mientras se golpeaban.

– ¡Granos y pastas!

# Pasillo siete

POR BOLÍVAR APARICIO

La consabida historia provocaba fascinación en los engendros como si la oyeran por primera vez. Se produjo un momento de silencio, Josefo parecía de piedra, los deformes se miraron y sonrieron. El número uno tomó un tizón caliente y lo acercó a la quemada oreja del viejo haciéndolo gritar.

– ¡Granos y pastas! ¡Pasillo cuatro!

Gritaban los amorfos en frenética cacofonía. El viejo bajó la cabeza buscando en el fuego respuestas.

Durante varios años Josefo, dominó el clan con sus historias de pretéritos tiempos de abundancia. “No hay que temer lo resolveremos...”, en todas las ciudades se escuchaban estas palabras aunadas a un larguísimo rosario de excusas. Primero usaron el maíz. La idea era crear catalizadores químicos que produjeran azúcares simples individuales a partir de moléculas compuestas de varios azúcares simples unidos.

“Los azúcares simples son los que se pueden fermentar para producir etanol”, decían.

Las tierras fueron pasando masivamente de la producción de comida a la producción de agro-combustibles. Luego, los especuladores y comercios de gran escala acapararon toda la fabricación de: arroz, papa, caña, productos cárnicos, marinos y vegetales.

El comer se volvió costoso y prohibitivo, la población mundial entró en un proceso de desnutrición agravado al darse la radiación mun-

dial, cuando un terremoto masivo destruyó las plantas nucleares del planeta.

Los alimentos, acaparados en grandes almacenes por los poderosos, se contaminaron y de un solo golpe las personas volvieron a la era de piedra.

– ¡Pasillo quinto! –clamó el viejo, alzando la cabeza del suelo.

– ¡Vegetales y frutas!

Comenzaba al relator a empurpurársele el rostro. Miró sus pies inmóviles y los tocó como queriéndolos despertar.

Afuera de la cueva una lluvia radioactiva maceraba todo rastro de humanidad.

No existía el día, ni la noche. La tierra movida por el pretérito sismo, exhalaba un vaho de muerte y silicio.

A medida que narraba Josefo, que era: un mango, un guineo, un ají, una cebolla. Los engendros olfateaban el aire tratando de discernir el significado de sus palabras. Se relamían y hasta mordían los labios asiéndolos sangrar.

El tercer monstruo, que parecía mujer, se puso en pie y comenzó (entre sonidos guturales), a hacer la pantomima de estarse comiendo todo lo que el viejo relataba. Los otros, sombras de humanos, empezaron a imitarla mientras reían y danzaban alrededor de la fogata en frénético paroxismo.

–Pasillo sexto, productos dietéticos.

–¡Comida para bebés y postres!

El coro histérico resonaba en la cueva, presagio de nada bueno.

Él, tocó con un dedo una piedra, la hizo rodar. “¡Pudiera rodar fuera de esta cárcel!”, pensó el viejo, “¡pudiera escapar aunque fuera reptando sin ser visto ni oído!”, pero no, él era esclavo de su destino. Cuando aún podía andar se dio a la tarea de recolectar engendros (productos de la radiación), para su beneficio. Los ponía a trabajar. Ellos le buscaban los exiguos alimentos: cucarachas, raíces, agua.

Durante algunos años se creyó con el deber

de cuidarlos, de tratar de devolverles un último vestigio de humanidad, de cordura. Trató de enseñarles a hablar pero ellos se negaban a pronunciar palabras. La enfermedad se les había enraizado no solo por fuera sino por dentro. La estupidez era incipiente en ellos.

Descubrió el viejo como las historias los hacían calmar y articular frases. Así que decidió seguir por ese camino o más bien obedecer a la demanda de los desfigurados. Cada día ellos le exigían el relato de los “alimentos”, no querían oír ninguna otra historia.

Al principio le pareció gracioso repetir la historia, pero con el tiempo se volvió un acto insoportable, enfermizo y lo que pensó, alguna vez podía acércalos al “ser”, se volvió cada vez más inhumano.

Los ruidos aumentaban en la cueva. Corrían alrededor de la fogata mordiéndose los labios, golpeándose el pecho. Las criaturas babeantes levantaban los brazos y los dejaban caer con fuerza. Sus ojos brillaban con aterradora maldad.

– ¡Pasillo siete! ¡Pasillo siete!

De pronto se produjo un momento de silencio, luego se escuchó progresivamente:

– ¡Carnes! ¡Carnes! ¡Carnes!

El viejo se dejó caer sobre su espalda. Los tres danzantes suspendieron su batahola y se miraron entre sí. El número uno le volvió a quemar la oreja, pero esta vez el viejo no se movió.

Mientras le comían los brazos la número tres murmuró:

–Desde que nos comimos al número cuatro no habíamos probado más carne.

---

Bolívar Aparicio. Panamá, 1962. Realizó estudios en la Universidad de Panamá, Facultad de Bellas Artes en la carrera de Licenciatura en Arte Teatral. Ha escrito varios libros de cuentos: "**La mujer de papel y otros cuentos**", (Concurso Literario "Darío Herrera", Universidad de Panamá, 1996), y "**El elefante blanco**" (Diploma de Honor al Mérito, Premio Nacional de Cuento "José María Sánchez", organizado por la Universidad Tecnológica de Panamá en 1996).